

Por Ahora el más Beneficiado fue Salinas

El "Espíritu de Agualeguas"

- ★ Importante el Apoyo de EU al Proyecto Modernizador
- ★ La Reforma Económica, Prioritaria Sobre la Política
- ★ Evaluará el Capitolio las Concesiones Para el ALC

LORENZO MEYER

El entrevistador preguntó al Presidente mexicano: "¿La reforma económica tiene prioridad sobre la política?" y la respuesta fue: "Sí, aunque sin excluir la política. Nuestra prioridad es responder a la demanda de los mexicanos por mejorar su situación material. Las dos reformas van a ritmos diferentes, la prioridad es la económica" (Newsweek, 3 de diciembre).

El "Espíritu de Agualeguas" (que no de Monterrey, como sugirió George Bush, pues en este contexto Agualeguas resulta más significativo que la "Sultana del Norte") vino a dar su apoyo a las prioridades del salinismo: el cambio político debe subordinarse al económico por la vía neoliberal. Ahora bien, eso no se dijo abiertamente en el encuentro del 26 y 27 de noviembre entre los Presidentes de México y Estados Unidos, pero se deriva de los acontecimientos.

Fue el espíritu con el que se dijo y no lo que se

dijo en Nuevo León, lo que resultó realmente importante en el sexto encuentro entre Salinas y Bush. En las circunstancias actuales el hecho central y definitorio en la relación bilateral entre México y el país vecino del norte, lo constituye la propuesta presentada por el gobierno mexicano al de Estados Unidos para la firma de un acuerdo de libre comercio, propuesta que es, sin exagerar, para México aunque no necesariamente para Estados Unidos. Sin embargo, para que esa propuesta —que por ahora es el alfa y omega de la política del salinismo— se convierta en realidad, se necesita no sólo de la aceptación entusiasta por parte del Presidente de los Estados Unidos —lo que ya ha ocurrido—, sino algo más problemático: la aprobación por parte del Congreso de ese país.

En virtud de lo anterior, el último encuentro entre los Presidentes de México y Estados Unidos se llevó a

cabo en el tiempo muerto que media entre la propuesta mexicana y la decisión que sobre la misma deberá tomar el Congreso norteamericano en un futuro próximo. Es justamente porque ahora estamos a la espera del inicio del debate en el Congreso de Estados Unidos en 1991, que en Nuevo León no había otra cosa importante que hacer que mostrar por la vía del elogio, los gestos y los símbolos, el apoyo incondicional del Presidente estadounidense a la política del mexicano.

Si la forma fue la sustancia en el encuentro de Agualeguas, Monterrey, se puede concluir entonces que en el corto plazo fue Carlos Salinas el más beneficiado por el encuentro, y que ese era el objetivo buscado tanto en Los Pinos como en la Casa Blanca al planear la visita de George Bush al norte de México, pues para el público de Estados Unidos el surgimiento del "Espíritu de Agualeguas" tiene una importancia muy secundaria, en tanto que para el grupo go-

bernante mexicano es parte sustantiva de un proceso del que va a depender su éxito o fracaso como élite dirigente.

Para Bush la ganancia política directa de su visita a México es, en el mejor de los casos, relativa. Raras veces México —sus problemas, logros e intereses— ha sido considerado como un tema importante por el grueso del público estadounidense, que sólo centra su atención en el mundo periférico cuando ocurre una crisis que afecta de manera directa y dramática el interés nacional estadounidense. En este momento, como es del conocimiento general, la crisis que absorbe la parte de atención que la opinión pública norteamericana dedica al mundo externo está concentrada en el Golfo Pérsico, donde se deciden asuntos de guerra o paz, es decir, de vida o muerte, para algunos estadounidenses. En estas circunstancias, las imágenes televisadas de un Presidente Bush sonriente y con un sombrero de charro, las de él y su esposa

siendo agasajados en un pequeño poblado mexicano, vitoreados por la multitud en la ciudad de Monterrey o pronunciando discursos sin mayor sustancia pero llenos de halagos para sus anfitriones, no serán recordadas por el grueso de los televidentes cinco minutos después de haberlas visto.

En contraste, para el Presidente mexicano, proyectar dentro y fuera de México la imagen de una buena relación con el Mandatario norteamericano resulta fundamental. Para el salinismo, la modernización económica por la vía neoliberal es su objetivo histórico. Desafortunadamente, este cambio ha resultado particularmente doloroso para los grupos mayoritarios y clases medias y sus apoyos políticos internos no son todo lo sólido que podrían y deberían ser. En realidad, para que el nuevo modelo económico sea realmente aceptado y sus altos costos asumidos por el grueso de los mexicanos, se requeriría que sus arquitectos contaran desde el principio con una gran dosis de legitimidad, lo que desafortunadamente no es el caso. Las razones de lo anterior son varias, entre otras, que el gobierno no haya sido capaz de llevar a cabo procesos electorales creíbles, con lo cual se debió la fuente primaria de la legitimidad en sistemas políticos democráticos, como en teoría se supone que es el nuestro. La tecnocracia en el poder tampoco ha logrado convencer a la sociedad de la justicia y la equidad con que se está llevando a cabo el proceso de privatización de la empresa estatal y la construcción del nuevo modelo económico. En estas condiciones, el proyecto presidencial mexicano requiere de todos los apoyos que puedan sustituir a los que no ha podido conseguir por las vías electorales y de movilización social. Uno de estos apoyos es, precisamente, el externo, el proveniente de Estados Unidos, parte interesada y muy comprometida con la transformación neoliberal de la sociedad mexicana.

En estas condiciones, resulta muy conveniente para el salinismo mostrar de cualquier manera posible y a los cuatro vientos, que la relación entre los jefes de los gobiernos de México y Estados Unidos va más

allá de lo meramente protocolario, y que es realmente una relación fuera de serie, verdaderamente "especial" única en América Latina. Y si nos atenemos a los documentos públicos y a los signos externos, no hay duda que lo ha logrado. Desde que se iniciaron los encuentros al más alto nivel político entre México y Estados Unidos al final del porfiriato, ningún mandatario mexicano había logrado, como Carlos Salinas, dar la sensación de disfrutar de mayor intimidad en su relación con el líder de la gran potencia vecina. A diferencia de Monterrey, la pequeña población de Agualeguas, carece de cualquier importancia sustantiva para la relación bilateral mexicano-americana. Pese a ello, hasta allá fue el Presidente Bush, para hacerle presente en un rincón del norte mexicano cuya notoriedad momentánea se deriva exclusivamente de un accidente: de su liga con la biografía del Presidente Salinas. En con-

traste por ejemplo, a don Porfirio nunca se le hubiera ocurrido invitar a Taft a Oaxaca, ni a Manuel Avila Camacho insinuarle a Roosevelt la conveniencia de reunirse en Teziutlán. Pese a que el jet ha hecho menos penosos los viajes internacionales, es seguro que para Adolfo López Mateos hubiera resultado totalmente fuera de lugar planear un día de fiesta con los Kennedys en Atlixpán de Zaragoza. El presidente Johnson, que gustaba de invitar a sus colegas extranjeros a su rancho de Tejas para retratarlos con un sombrero típico de la región, no hubiera dudado en rechazar la posibilidad de un encuentro con Gustavo Díaz Ordaz en Ciudad Serdán, Puebla. En contraste, Carlos Salinas logró sin mayor dificultad voltear los papeles, y esta vez el ensombrecido en un ambiente campirano mexicano fue el presidente Bush, que de esta peculiar manera reiteró con generosidad su apoyo a quien calificara de "gran líder mundial" pese a su negativa a llevar a cabo elecciones con credibilidad.

Aunque la visita del presidente estadounidense a México se hizo en vísperas de su gira a la América Latina, quedó claro que el encuentro con Carlos Salinas no fue parte de un viaje relámpago y abigarrado

como el que se llevaría poco después a Brasil, Argentina, Uruguay, Chile y Venezuela. Una consecuencia del "Espíritu de Agualeguas" fue reafirmar ante propios y extraños que pese a las fallas de la democracia y la justicia mexicanas, Salinas y su grupo de jóvenes tecnócratas cuentan con la simpatía del Presidente de Estados Unidos a quien francamente entusiasma el proyecto de modernización económica mexicana. El encuentro de Nuevo León ha reafirmado la idea de que la burocracia de Washington está implícitamente de acuerdo con la decisión de supeditar la apertura democrática de México al avance y consolidación del cambio económico, que tiene prioridad sobre los avances y consolidación de la modernización política.

Dentro del complejo mundo político estadounidense —donde el Presidente y su burocracia son fuerzas importantes pero no las únicas— el "Espíritu de Agualeguas" es sólo un factor entre los varios que dan forma a las decisiones. El apoyo del Presidente Bush al neoliberalismo mexicano será un elemento entre otros que los congresistas de Washington tomarán en cuenta cuando se sienten a discutir la naturaleza del acuerdo que les propuso el mandatario mexicano para institucionalizar la integración del sistema productivo mexicano al estadounidense. Habrá fuerzas y consideraciones que presionen a los legisladores en sentido contrario al deseado por los Presidentes Salinas y Bush, como son los intereses de los grupos cuyas actividades se vayan a ver afectadas por la competencia mexicana. Cuando se llegue a ese momento, y cuando finalmente se abra el paquete de las concesiones que tuvo que hacer México a las demandas estadounidenses, y sólo entonces, se podrá ver cuál es la verdadera importancia del "Espíritu de Agualeguas" para el interés nacional mexicano.